
Sociológica, año I 1, número 30,
Transición política y procesos
electorales en México y
América Latina
Enero-abril de 1996

Sistemas de partidos como unidad de análisis

Ricardo A. Yocelvezky R. *

RESUMEN

Es necesario un enfoque teórico que disuelva las paradojas de los partidos políticos latinoamericanos, e incorpore su dimensión ideológica en términos que permitan la comprensión de los procesos políticos sin reducirlos a problemas morales. Los sistemas de partidos como unidad de análisis del proceso político de América Latina hacen posible hablar de cuatro generaciones de partidos: la del caudillismo y caciquismo, la introducción de la "gestión social", la de la "izquierdización" de la política y la del auge de los procedimientos de la democracia electoral.

La forma de acción colectiva que representan los partidos políticos

ha planteado problemas que han sido tema de discusión de muy variados tipos de conocimiento, en muy distintos períodos históricos. Baste recordar que mientras que para algunos su sola existencia y funcionamiento en determinadas condiciones son garantía de democracia, para otros su aparición representa la negación de la idea misma de democracia y el confinamiento de esta última al limbo de las utopías (Sartori, 1980:35).

Como instituciones, los partidos pertenecen a la época de las estructuras políticas inaugurada por la Revolución Francesa, si bien la denominación de "partidos" ha sido aplicada también a facciones y agrupamientos de varios tipos que participaron en conflictos políticos

* Profesor-investigador del Departamento de Política y Cultura, uAM-Xochimilco.

44 *Artículos*

en épocas anteriores. Lo que la Revolución Francesa hace aparecer son asociaciones voluntarias de ciudadanos reunidos por alguna afinidad ideológica, denominados "clubes", que reclaman con éxito relativo su legitimidad para funcionar públicamente y tener representación

parlamentaria. En este sentido, las facciones parlamentarias británicas, si bien son más antiguas, representan sólo un antecedente parcial de lo que es un partido político moderno (Lenky Neumann, 1980:246-249). Otro modelo organizativo anterior que se subsume en el moderno partido es la "logia", que hunde sus raíces en los gremios medievales y aporta a los partidos sus rituales de refuerzo al sentido de pertenencia de sus miembros, herencia que se revitaliza en ciertos períodos y circunstancias pero que, en general, es de presencia variable y con tendencia a desaparecer en los partidos modernos y mejor consolidados (Duverger, 1980:46-47).

El estudio de los partidos políticos ha ocupado un lugar central en la ciencia política y fácilmente se puede citar algunos clásicos del tema.' En general, estos estudios adoptan una perspectiva descriptiva y empirista, recorriendo un camino que va desde las definiciones, pasando por alguna taxonomía, hasta arribar a alguna noción de sistema de partidos. Una excepción a esto es el libro clásico de Robert Michels, que contiene una teoría pesimista de los partidos políticos. Su postura es representativa de una corriente que fue caracterizada como "maquiavelista" por Burnham (1945: 169), en el sentido de proponer el estudio de la política para "develar" el sentido real de lo que hoy llamáramos el "discurso político". Este maquiavelismo enfrenta de manera crítica un problema, presente también en los estudios descriptivos de partidos y sistemas de partidos, a saber, la relación entre los partidos y sus ideologías, lo que constituye un problema central, dado que históricamente la afinidad ideológica aparece como uno de los rasgos definitorios de los partidos políticos (Charlot, 1987:49).

En América Latina, los partidos políticos surgen con los intentos de organización de la dominación política inmediatamente posterior a la independencia de las antiguas colonias españolas. Su estudio se enfrenta a los problemas de ambigüedad que presenta toda la estructura política de los países latinoamericanos desde el punto de vista histórico. Por una parte, lo que surge de las guerras de independencia son Estados nacionales que, con las excepciones de unos pocos intentos monárquistas o imperiales, que raramente pasaron del nivel de proyectos y que nunca tuvieron un éxito considerable, adoptaron

I los clásicos de la materia. desde Ostrogorski a Weber, de Michels a Duverger ..."
(Pancbianco, 1990: 14)

Artículos 45

rápidamente la forma republicana de gobierno. Sin embargo, las formas adoptadas tuvieron una existencia precaria y muchas veces puramente teórica. La raíz de este problema es fácil de ubicar en la no correspondencia entre el desarrollo social y económico de las colonias españolas de América y las teorías que informaban el pensamiento de los líderes de las luchas de independencia o de los intelectuales ligados a ellos.

Es verdad que estos líderes y estos intelectuales sólo tenían modelos extranjeros, fundamentalmente los surgidos en los Estados Unidos de Norteamérica y en Francia (Lambert, 1967: 121-123), y que la selección de modelo, o de rasgos tomados de distintos modelos teóricos, se constituyó en un punto de lucha ideológica que en algunos casos persiste hasta hoy como problema de interpretación histórica y de definiciones políticas. Sin embargo, la discusión queda circunscrita a las distintas opciones de organización del Estado nacional disponibles en cada situación y en cada período. No hubo nunca una opción "original" (nacional) de organización política de las colonias recientemente independizadas. Hoy tendríamos que aceptar que la ambigüedad proviene del hecho que el mundo capitalista estaba ya lo bastante desarrollado como para no permitir otra forma de organización de la dominación política a los territorios que incorporaba a su periferia, que no fuera el *status* colonial o el de Estado nacional independiente, a pesar de que este último no era la forma madura dominante, ni siquiera en Europa.

Los primeros partidos o protopartidos (Remmer, 1984: 14) latinoamericanos resultaron de la desmilitarización de las facciones, que intentaron dirimir por medio de las armas las controversias acerca de la organización nacional posteriores a la Independencia. A los *clivages* territoriales, que generaron los conflictos entre federales y unitarios, se les superpusieron los modelos ideológicos y organizativos de los partidos emergentes en Europa, liberales y conservadores. Sin embargo, las particularidades propias de la implantación de estas ideologías en un medio sujeto a otras determinaciones, se pueden ver en las diferencias que un mismo tipo de tendencia ideológica ocupa respecto de otros problemas más locales, dependiendo del desarrollo concreto de algunos conflictos. Un ejemplo de esto es la diferente posición de los liberales mexicanos y argentinos respecto de las tendencias nacionalistas.

En tanto en México los reformistas liberales asumen el liderazgo de la defensa de la nación contra la invasión extranjera, en Argentina los liberales son caracterizados como europeizantes y el nacionalismo argentino es, en general, antiliberal (Halperin, 1991). Este ejemplo basta para aclarar en qué consiste la aparente paradoja que complica los estudios políticos en América Latina. Hay dos

46 Artículos

ámbitos de determinación, uno explícito en las declaraciones de los actores y otro que debe ser reconstruido por la investigación y que se ubica en la estructura de los conflictos sociales de cada país. El ámbito ideológico explícito puede conducir a dos tipos de error: uno, el más común, consiste en tomar las declaraciones de los actores como reflejo válido de la realidad en que se mueven y, por lo tanto, la discusión se centra en la evolución de las ideologías en términos universalistas, en tanto que quien, por el contrario, advierte el carácter no original de las ideologías declaradas por los actores, desprecia el objeto de estudio por ser sólo una repetición "con atraso" de la evolución política de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica (Moore, 1973:6). Por otra parte, el centrarse en las determinaciones estructurales de la sociedad de cada país, también puede disolver el aspecto ideológico, al considerarlo como un mero disfraz de los intereses "reales" en Juego.

Por otro lado, en las últimas décadas, ha ocurrido lo que hasta cierto punto se podría describir como una inversión de la situación descrita. A partir de la extensión de los análisis lingüísticos al estudio de los discursos políticos, la independencia relativa del objeto lingüístico se ha absolutizado hasta el punto de permitir la reducción de todas las relaciones de dominación a relaciones discursivas (Laclau, 1978: 193). Ante todo esto, lo que parece requerirse es un enfoque teórico que permita, al mismo tiempo que disolver las aparentes paradojas de la existencia de los partidos políticos latinoamericanos, incorporar la dimensión ideológica en términos que contribuyan a la comprensión de los procesos políticos sin reducirlos a problemas morales ni a discursos.

La primera cuestión que se plantea es la definición y justificación de la unidad de análisis. El estudio de partidos políticos particulares requiere normalmente de una doble definición, en la que se consigne el nombre del partido (casi siempre una etiqueta ideológica) y el país en que se desarrolla su existencia y acción. Esta es una doble identificación del objeto, su afiliación ideológica y su nacionalidad. Si el estudio se ubica en un ámbito geográfico mayor que un Estado nacional, el estudio se centra en la identidad ideológica, dejando las particularidades nacionales como adjetivas, o, por el contrario, privilegia las características nacionales, asumiendo un enfoque crítico de la autoidentificación ideológica del objeto. En el caso de los partidos latinoamericanos se ha intentado identificar generaciones de partidos semejantes en varios países, los cuales surgen al ritmo del desarrollo nacional en una periodización válida para toda la región (Manigat, 1973: 16-20).

Este enfoque distingue tres generaciones de partidos políticos en

Artículos 47

América Latina y una prehistoria de estas organizaciones, representada por el caudillismo y el caciquismo como formas de liderazgo en el período que siguió a la independencia, asociados fuertemente a los conflictos regionales. El avance de la organización nacional iba a dar lugar al reemplazo de estas formas de organización por los partidos "históricos", primera generación, caracterizados por lo limitado de la participación política (partidos de notables) y por la adopción de ideologías europeas, generalizándose el bipartidismo de conservadores y liberales, que hacia fines del siglo XIX iba a complicarse con la aparición de fuerzas de clase media, más a la izquierda de los liberales (radicales y demócratas).

Una segunda generación de partidos, caracterizados por la introducción de la "cuestión social" en el debate nacional de varios países, aparece en el período de entreguerras, dando un carácter más moderno a los partidos latinoamericanos, al tomar modelos ideológicos europeos (de nuevo), pero otorgándoles en algunos casos el inequívoco sabor local al combinarlos con modelos de organización que llegaron a ser identificados como típicos de la región, movimientos que combinaban

el llamado populismo latinoamericano con el nacionalismo (que, hay que recordarlo, es también una ideología de origen europeo).

La tercera generación de partidos representa, por una parte, la incorporación de América Latina al mundo ideológico de la segunda posguerra, con la aparición de partidos como la Democracia Cristiana, y un desplazamiento hacia la izquierda del conjunto del espectro ideológico a raíz de las repercusiones de la Revolución Cubana y el surgimiento de las tendencias que, en un sentido muy general, se denominaron "castristas".

Hoy habría quizás que agregar una cuarta generación de partidos, constituidos alrededor de la política reducida al ejercicio de procedimientos

democráticos para la selección del personal que ocupe los puestos de gobierno. Es decir, se trata de maquinarias electorales "modernas" que tienden a reducir la relación con la sociedad a una relación de elientela con su electorado, lo cual conduce a la reducción de las relaciones políticas a relaciones de "mercado", como modelo general de las relaciones sociales. Esto ha determinado la aparición de elementos nuevos en las élites de estos nuevos partidos. Prominentes entre estas organizaciones son las que en la década de los sesenta, bajo el influjo de la Revolución Cubana, intentaron constituirse en élites alternativas, buscando el poder por la vía insurreccional, y hoy, francamente derrotadas o habiendo negociado alguna forma de pacificación

de sus respectivos países que les permitiera incorporarse a la vida política regular, aparecen como un elemento sobreintelectualizado, girando en la órbita ideológica de la socialdemocracia europea,

48 Artículos

pero carente de planteamientos realmente alternativos a la ideología dominante acerca del desarrollo económico.

Esta periodización del desarrollo de los partidos políticos latinoamericanos

resulta atractiva por su reducción de la explicación a factores sociales y económicos que se expresan en términos externos a la política nacional misma. Por un lado, los esquemas ideológicos son "importados" en todos los casos, en tanto que los elementos "criollos", como parte de los modelos organizativos, pueden ser entendidos como muestras de "atraso" o supervivencia de tendencias superadas (como el personalismo o el regionalismo). Por otra parte, la determinación principal del proceso que se periodiza es la integración nacional, tanto política como social y económica, lo cual para el caso de los países latinoamericanos, significa una evolución semejante por los factores comunes de dependencia externa.

Esto hace que la definición de la unidad de análisis deba justificarse teórica e ideológicamente. La cuestión aparece como la atribución de los rasgos originales de cada partido que se estudia a su definición ideológica o a sus características nacionales, lo cual deriva fácilmente en una crítica ideológica del desempeño de los partidos mismos y no en una explicación. Un ejemplo de esto es la comparación del desempeño

de los partidos comunistas de Argentina y Chile durante la mayor parte de este siglo, hasta las dictaduras militares de la década del setenta, en las cuales normalmente se destacaba la fidelidad ideológica del PC argentino a los dictados de Moscú (cuando la de los chilenos no era menor), y se atribuía su poco éxito electoral (Cantón, 1973: 119-121), por comparación con los chilenos, a alguna deficiencia ideológica, como el no plantear correctamente "la cuestión nacional" (Ramos, 1973:222).

En este caso, es bastante claro que las diferencias tendrían que reducirse a la consideración del carácter nacional, dado que las características

ideológicas internacionales eran tan semejantes como se pudiera esperar en una situación "cuasiexperimental". El problema es, entonces, definir qué es lo nacional que explica las diferencias. El problema que aparece es que hay explicaciones que se ofrecen solas dentro de la ideología misma. Por un lado, el éxito electoral o la ausencia de éste se pueden entender como medida de la penetración de la ideología del partido en la clase obrera o en la sociedad en general, por lo cual, la explicación puede consistir en una valoración (positiva o negativa) de los cuadros del partido o en una valoración de la madurez de la clase. Lo que resulta importante aquí es que la ideología del partido es la que los miembros del partido declaran y que su función es conectar a la organización con una clientela electoral que se constituirá o no según su afinidad con ella.

Artículos 49

En cuanto a lo primero, la valoración de los cuadros, se puede decir que el nivel de inserción en la élite política de su país de los comunistas argentinos no era menor que el de los chilenos, si se observa su participación en alianzas políticas con fines electorales, por ejemplo y, en cuanto a los segundos, la madurez de la clase. Si el indicador es la representatividad del partido comunista en el movimiento sindical, es claro que la diferencia es muy notable. En este punto es donde la explicación recurre, normalmente, a elementos histórico-comparativos que conducen a cosas como las ya mencionadas, madurez de las clases o corrección de la conducción política del partido, que pueden derivar hasta elementos metafísicos en el nivel del "carácter nacional".

Para romper un Círculo vicioso como el aquí descrito -que es sólo un ejemplo entre muchos otros posibles que conducen al mismo tipo de callejones sin salida en el terreno teórico acerca de este tema en América Latina- es necesario cambiar el nivel del planteamiento del problema, lo cual implica la construcción de una unidad de análisis diferente: el sistema constituido por los partidos políticos en cada situación nacional, en lugar de los partidos individuales.

Retomando el ejemplo, encontramos que las explicaciones propuestas hasta ahora, si bien no resultaban del todo satisfactorias, apuntaban a algunos hechos reales, tales como la inserción de los partidos comunistas en la élite profesional de la política, en el movimiento

sindical y su atractivo electoral a partir del planteamiento ideológico que representaban. Si la inserción en la élite la suponemos más o menos comparable en su éxito relativo, la diferencias de influencia en la organización sindical y de atractivo electoral pueden ser explicadas a partir de la influencia social de la ideología representada

por estos partidos en la sociedad. Al examinar esta diferencia, aparece un elemento clave que conduce a otro nivel; la presencia del nacionalismo, que como ideología del populismo argentino, representa una barrera a la penetración de la ideología marxista-leninista en las organizaciones sindicales, pero que también permea la discusión ideológica en todos los ámbitos de la política nacional.

El nacionalismo argentino no es una ideología particular de una organización: es un "modelo ideológico" general que marca los límites de lo pensable y lo no pensable en política. Hay nacionalismos de derecha y de izquierda y lo más importante es que la ideología nacionalista permite la intrusión de actores políticos, como los militares, que impidan la consolidación de una élite profesional de la política que, a través de un modelo organizativo de partidos, monopolice el acceso a los cargos del gobierno.

En Chile la situación fue la contraria, en el sentido de que la

50 Artículos

ideología nacionalista es subordinada, en la derecha y en la izquierda, por ideologías de tipo universalizante, es decir propuestas generales acerca de cómo organizar mejor la sociedad, con las cuales se identificaban partidos políticos cuyas clientelas electorales tenían un marcado carácter clasista. El modelo común que permitía a la élite chilena, organizada en partidos, monopolizar los cargos políticos y excluir a otros actores, principalmente a los militares, por largos períodos, era una autoapreciación como "cultural mente europeos", definición que se convertía en una profecía autocumplida en la medida que los partidos políticos recurrían, en general, a sus afiliaciones ideológicas de origen europeo y universalista como instrumento de identificación social y político de sus clientelas electorales.

Las características de estos modelos ideológicos de las élites políticas aparecían como una consecuencia de algún carácter nacional más amplio. Su vigencia entre la población en general, que hacía posible la distribución de influencias en el mercado electoral, se extendía también al mundo cultural y sus vinculaciones, influyentes o no, con la política como actividad.

Es necesario aclarar que la dominación de un modelo no se realizaba sobre la exclusión total de otros posibles, sino sobre la base de una subordinación ideológica que, organizativamente, se expresaba dentro de los partidos políticos o en el sistema de partidos. Así, por ejemplo, el nacionalismo argentino no excluía la existencia de un partido comunista o un demócratacristiano. Sin embargo, los reducía a piezas secundarias del sistema, con lo cual posibilitaba alianzas impensables en Chile entre los dos partidos nombrados aquí como ejemplo. En Chile, en cambio, ni siquiera como manera de defender al sistema en su conjunto frente a la amenaza de un actor externo a él -los militares- se pudo efectuar esa misma alianza, mientras que, por otro lado, los nacionalistas de derecha vivieron lánguidas vidas académicas por más de tres décadas (desde los treinta hasta los sesenta), mientras los nacionalistas de izquierda le daban su característica incoherencia e inconfundible estilo oportunista al Partido Socialista de Chile.

El mundo académico, dada su importancia en la definición de las características ideológicas de una sociedad, también reflejaba la dominación del modelo vigente en cada país. El lugar preponderante que la historia nacional tiene en la discusión ideológica argentina se refleja en el volumen de la producción historiográfica de ese país y en lo obvio del sentido ideológico contingente de las posiciones representadas por los autores de distintas tendencias. En Chile la vida política universitaria aparecía dominada por los partidos políticos,

Artículos 51

pero la discusión intelectual asumía un carácter universalista,¹ relegando a la discusión de los temas de historia nacional a ciertos grupos más bien marginales.'

Estos elementos de lo que llamamos aquí un modelo ideológico no agotan las posibilidades del análisis, por el contrario, sólo son una justificación para introducir el problema. Lo que es importante para el enfoque propuesto aquí es que los sistemas de partidos no son la resultante de una agregación o combinatoria de ideologías independientes que pueden aparecer más o menos polarizadas, sino que el modelo ideológico es un atributo del sistema de partidos como tal, que es determinante de los límites del espectro ideológico y de las posiciones de dominación o subordinación que distintas ideologías llegarán a ocupar en él. Es por esto que será su inserción en el sistema lo que permita analizar, en concreto, a un partido cualquiera, ya que sólo allí se podrá atribuir sentido a las múltiples contradicciones y paradojas que surgen de la simple contrastación de las declaraciones ideológicas y su desempeño real. Las posibilidades que enfrentan los partidos políticos están severamente acotadas por el sistema de partidos del que forman parte, lo cual permite, en una primera aproximación a este tipo de análisis, disolver racionalmente algunas paradojas.

Hasta ahora sólo se ha considerado la dimensión específica del modelo ideológico, es decir, aquella que da el "carácter" nacional a las organizaciones e ideologías que son importadas o de orientación universalista. Esta dimensión nacional es muy importante en la medida que el mundo capitalista está dividido en Estados nacionales y ésta es la unidad de dominación política predominante. Sin embargo, ni la dominación es un fenómeno cuyo sentido se explique en sí mismo, ni los Estados nacionales son unidades absolutamente autónomas.

Sin entrar a otra dimensión de problemas, hay que decir que la dominación política tiene sentido en función de un sistema de explotación, pero que, en el caso del capitalismo, los procesos de explotación y de dominación se han hecho relativamente independientes. Esto que constituye una de las originalidades históricas del capitalismo, debido a una relativa independencia, se ha especificado en la definición de unidades de análisis distintas para el examen de cada uno de estos procesos en determinados niveles. Así, es claro que el análisis político se centra en la unidad de dominación -el Estado nacional-

¹ No hay un autor chileno en el campo de las ciencias sociales que pueda comparar la difusión de su obra con la que alcanzó en América Latina el manual de marxismo de Marta Harnecker.

³ El historiador de derecha más admirado por los intelectuales de izquierda fue Jaime Eyzaguirre. En tanto que, de tres historiadores de izquierda que intentaron interpretaciones de la historia nacional más o menos amplias, uno era de origen y formación argentinos.

52 *Artículos*

pero el sentido de los fenómenos observables en ese ámbito no se agota allí, sino que debe remitir a las determinaciones de lugar y papel que esa unidad de dominación, ese Estado nacional, ocupa y desempeña en el sistema mundial. De aquí se desprende una característica del modelo ideológico vigente en cada país en un momento, es decir, que hay una determinación externa en el sentido de definirse ideológicamente

los límites de los futuros posibles para el país, para un sistema de partidos correspondiente a ese país y para una etapa determinada. Esta determinación externa es, estructuralmente, un elemento de la dominación interna, en el sentido, por ejemplo, en que lo especificaron Cardoso y Faletto para el tránsito del modelo de crecimiento hacia afuera al de crecimiento hacia dentro en América Latina. Las características de la inserción de un país en la economía mundial determinaban, internamente, la estructura de las alianzas sociales, los modelos ideológicos y organizativos que sustentaban la dominación en ese tránsito y como resultado de él.

En ese tránsito, estudiado de diversas maneras en América Latina, se generalizó la ideología del desarrollo, encarnada en el surgimiento de las ciencias sociales latinoamericanas como un componente importante de un nuevo mundo ideológico. Las variantes nacionales especificaron para los distintos países de la región los modelos ideológicos que dieron sustento a élites que administraron la dominación en forma democrática o no, dependiendo de alianzas sociales y modelos organizativos de acción política. Esto dio lugar a la generalización del funcionamiento más o menos normal de los partidos modernos (segunda generación) y a la emergencia de los llamados de tercera generación, los cuales encarnaron en su plenitud la ideología desarrollista y, al mismo tiempo, su crítica. En la confrontación entre estas fuerzas, segunda y tercera generación de partidos políticos latinoamericanos, se produjo la quiebra de los sistemas políticos que dio origen a las dictaduras militares de los años setenta. El problema de hoyes dar sentido a la democratización tan celebrada a partir de los ochenta, usando los elementos de análisis que hemos presentado hasta aquí.

En primer lugar, desde el punto de vista descriptivo, hay que constatar la aparición de una cuarta generación de partidos políticos en América Latina, los cuales son, en parte, nuevas organizaciones, con personal nuevo, y, en parte, redefiniciones de organizaciones preexistentes que reaparecen con nuevas posiciones y el mismo personal.

En conjunto, se puede decir que han aparecido nuevas élites políticas, al menos en parte, con nuevas afiliaciones ideológicas, también sólo en parte, y, al mismo tiempo se han redefinido papeles

Artículos 53

y posiciones en el plano personal de algunas figuras y en el plano organizativo.

En segundo lugar, se ha operado un cambio notable en el modelo ideológico que sustenta las pretensiones de estas élites, nuevas o renovadas, y que resulta interesante examinar con el fin de avanzar en una explicación de los procesos que no se agote en las tomas de posiciones o en juicios morales.

En tercer lugar, hay que considerar que ésta es parte de un proceso de transición no acabado y que, por lo tanto, el intento de comprensión es provisional en un sentido más agudo que la provisionalidad normal del conocimiento.

Partiendo de las apariencias más inmediatas, lo que hay que constatar es la aparición de una nueva derecha en América Latina. Con respecto a sus antecesores orgánicos, la derecha más tradicional, esta cuarta generación de partidos presenta varias novedades. Primero, contra lo que quisieran algunos creer, no son un desarrollo democrático en el sentido de ser un avance ideológico de la llamada democracia liberal. Por el contrario, son los administradores civiles de la derrota militar intligida a las izquierdas de las dos generaciones anteriores (Chile, Brasil), cuando no son el brazo político de las fuerzas militares mismas (Nicaragua, El Salvador). La contraparte de esta cuarta generación

de la derecha es la transformación de la izquierda latinoamericana en socialdemócrata, o la aparición de nuevas generaciones de élite identificadas con ese sello. Los dos casos anteriores representan renovaciones parciales de la élite, habiendo también casos de renovación aparentemente total (Perú).

Estos cambios no son la cancelación de la situación crítica que dió lugar a las dictaduras, sino su primer resultado, por lo que hay que interpretar los procesos de "reconstrucción" y "reconciliación" nacionales

en términos de victoria y derrota. La finalidad de esto no es cultivar los rencores sino permitir el análisis de la constitución del nuevo modelo ideológico.

Este nuevo modelo se expresa, al igual que los anteriores en ámbitos muy heterogéneos, pero representa cambios de una radicalidad notable en el campo en el que nos encontramos, el de las ciencias sociales, los cuales son indicativos de la constitución de un nuevo mundo ideológico. Algunas de sus características son muy conocidas pero no son fáciles de conceptualizar. Dos cambios notables son, primero, el lugar de las ciencias sociales en el modelo ideológico general y, segundo, el paradigma dominante en las ciencias sociales. El primer cambio tiene que ver con el papel de los científicos sociales como líderes de opinión en la sociedad y en los partidos políticos. Claramente han sido desplazados por intelectuales de otras disciplinas,

54 Artículos

como por ejemplo en México, donde dos líderes de opinión en el campo cultural, con innegables connotaciones políticas, son Octavio Paz y Carlos Fuentes, o en Perú donde la carrera política de Mario Vargas Llosa marcó el comienzo de uno de los recambios más radicales de la élite política.

El segundo cambio, el paradigma dominante, va más allá de las teorías que respaldan las políticas económicas. La ideología del desarrollo

nacional había producido una conceptualización interdisciplinaria que, partiendo del crecimiento económico, había incorporado las variables sociales para culminar en una reinterpretación de las historias nacionales en términos de modelos de crecimiento como criterio de periodización. El nuevo paradigma separa las cuestiones económicas como objeto de una ciencia constituida por leyes universales,

de aplicación general, como modelo de crecimiento económico, dejando a las demás disciplinas como auxiliares que, individualmente podrían aportar al conocimiento de ciertos detalles. Por otra parte, la ideología desarrollista era estructuralista en su orientación teórica, en tanto el nuevo paradigma es individualista-metodológico.

La aceptación del nuevo paradigma por los derrotados de las crisis de los setenta ha sido el triunfo, en el plano ideológico, de las fuerzas victoriosas en el plano militar y político. Dentro de este proceso se deben distinguir algunas etapas importantes que indican la existencia de procesos ideológicos a los que habría que prestar especial atención. Una primera es hacer que los derrotados renuncien a contar su propia historia y, por la vía de la autocrítica, comiencen a repetir la versión de los vencedores. Otra es renunciar a la denuncia de las consecuencias más horribles de los enfrentamientos de los setenta, comenzando por aceptar la impunidad de los responsables, pero pudiendo llegar hasta la afirmación de la corresponsabilidad de las víctimas. Una vez traspasadas estas barreras morales, el camino queda libre para asumir la administración de las políticas económicas dominantes con criterios "técnicos" desprendidos del paradigma dominante y con un nuevo "realismo político", definido a partir de los límites del nuevo modelo ideológico.

Este nuevo modelo se define entonces por la separación de lo político con respecto a lo social y económico, ya sea normativamente, al definir la democracia posible como un método para seleccionar el personal político y nada más, o bien reduciendo lo social a las consecuencias

no deseadas de una política económica que no tiene alternativa.

Esto último es el sello del modelo dominante. Como tal, contiene la definición del límite de lo pensable y lo impensable, lo cual se traduce en cuáles son los actores relevantes y cuáles los

Artículos 55

subordinados en los sistemas de partidos que constituyen las nuevas democracias y cuáles son las ideologías de estos partidos.

El estudio de las nuevas élites así constituidas será muy iluminador de los procesos de cambio de los sistemas de dominación, siempre y cuando se busque en ellos los mecanismos de estas transiciones, y no sólo las responsabilidades morales y políticas (que nunca estará demás establecerlas, pero que no constituyen la explicación de nada), y que se recuerde que "el observable" en la producción ideológica es un medio de acceso al conocimiento de las relaciones de dominación y no el elemento constituyente de esas relaciones.

La conclusión principal, provisoria como todo, de este examen de la forma de estudiar los partidos políticos en América Latina y los problemas que esta tarea presenta, es que la unidad de análisis que permite la mejor comprensión de los casos es el "sistema de partidos" constituido como parte de la dominación a nivel nacional. Que este sistema no resulta de la agregación de partidos que por suma irían dando sus características al sistema, sino de un doble movimiento en el que la disputa por el poder constituye un campo en que los competidores

asumen características que les permiten entrar al sistema, que pueden no ser originales en su expresión ideológica individual, pero que adquieren sentido, como caso histórico, al ser insertas en el sistema dentro del cual actúan, y no como unidades autónomas que pudieran ser estudiadas individualmente y en comparación con otras semejantes en otros países. La consecuencia más grave de esto, es que nos obliga a una rediscusión del concepto mismo de partido político, lo cual, como tarea teórica, rebasa los límites de esta presentación del tema.

Bibliografía

Abendroth, Wolfgang y Kurt Lenk, Eds. (1971), *Introducción a la Ciencia Política*, Editorial Anagrama, Barcelona.

Burnham, James (1945), *Los maquiavelistas*, Emecé Editores, Buenos Aires.

Canton, Darío, (1973), *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.

Charlot, Jean (1987), *Los Partidos Políticos*, Ediciones y Distribuciones Hispánicas, México.

56 Artículos

Duverger, Maurice (1980), *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México.

Halperin Donghi, Tulio (1991), "Un término de comparación: liberalismo y nacionalismo en el Río de la plata", en Camp et al (eds.)

Los intelectuales y el poder en México, El Colegio de México, México, pp. 103- 119.

Laclau, Ernesto (1978), *Política e ideología en la teoría marxista*, Capitalismo, Fascismo y populismo. Siglo XXI editores, México.

Lambert, Jacques (1967), *Latin America. Social Structure and Institutions*, University of California Press, London.

Lenk, Kurt y Franz Neumann, Eds. (1980), *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Editorial Anagrama, Barcelona.

Manigat, Leslie F, et al. (1973), *Guide to the Political Parties of South America*, Penguin Books, England.

Moore, Barrington (1973), *Los orígenes sociales de la dictadura y de*

lo democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno, Ediciones Península, Barcelona.

Punbianco, Angelo (1990), *Modelos de partido*, Alianza Editorial, Madrid.

Ramos, Jorge Abelardo (1973), *Revolución y Contrarrevolución en lo Argentina. Vol. V. La era del bonapartismo /943-1973*, Edit. Plus Ultra, Buenos Aires.

Rennner, Karen L. (1984), *Party Competition in Argentina and Chile. Political Recruitment and Public Policy, 1890-1930*, University of Nebraska Press, London.

Sartori, Giovanni (1980), *Partidos y sistemas de partidos. I*, Alianza Editorial, Madrid.

hayan tomado medidas efectivas para nivelar las desigualdades sociales y regionales y se reduzca el desempleo. En suma, que realice un gobierno serio, ordenado y respetuoso de las instituciones, y que oriente a Argentina por la vía del progreso económico y social. Tiene todas las condiciones para hacerla, y ya que por segunda vez será presidente de los argentinos por el voto mayoritario y libre de éstos, independientemente de posiciones políticas personales, sólo puede desearse que lo logre.

Buenos Aires-México, diciembre de 1995.

Bibliografía

- Acuña, Carlos H., comp. (1995), *La nueva matriz política argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Bologna, Bruno Alfredo (1991), *Dos modelos de inserción de Argentina en el mundo*, CERI, Rosario.
- Cavarozzi, Marcelo y Landi, Oscar (1991), *Crisis y postransición en la Argentina*, CEDES, Buenos Aires.
- CEPAL (1994), *Panorama social de América Latina*, LC/G. 1844, Santiago de Chile.
- (1995), *Balance preliminar de la economía de América Latina y El Caribe*, Santiago de Chile.
- Verbitsky, Horacio (1993), *Robo para la Corona*, Planeta, Buenos Aires.
- Wainfeld, Mario, Comp. (1995), *¿ En el 2000 también?*, Ediciones Unidas, Buenos Aires.